

# Testimonios para el compromiso con las personas refugiadas



**CEA(R)**

Comisión Española  
de **Ayuda al Refugiado**

## **El voluntariado de CEAR es:**

- \* **Expresión de ciudadanía crítica, comprometida, responsable, activa y transformadora.**
- \* **Un ejercicio de movilización social y activismo por la justicia, para hacerla, exigirla y crearla.**
- \* ***Voluntariado como SER, ESTAR Y HACER.***

***Si quieres ser voluntaria o voluntario contacta en :  
voluntariado@cear.es***

**CEAR, Comisión Española de Ayuda al Refugiado  
Sede Central, Avda. General Perón 32, 2º Dcha.  
Madrid 28020  
Teléfono: 91 5980535  
Fax: 91 5972361  
www.cear.es**

**Área de Voluntariado  
voluntariado@cear.es**

**Programa: Sensibilización para una ciudadanía participativa en voluntariado.  
Año 2012**

**Coordinación: Mariví Roldán  
Realización: Paula Moscuzza  
Elaboración: Cristina Sanz, Sofía Zamalloa.**

## INDICE

<b>Presentación de la entidad .....</b>	<b>4</b>
<b>Presentación del trabajo.....</b>	<b>5</b>
<b>Testimonio “Colombia”.....</b>	<b>6</b>
<b>Testimonio “Siria”.....</b>	<b>20</b>
<b>Testimonio “Somalia”.....</b>	<b>34</b>
<b>Agradecimientos.....</b>	<b>43</b>

## PRESENTACIÓN CEAR

**La Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR) es una organización no gubernamental fundada en 1979, de acción voluntaria, humanitaria, independiente y plural.**

**Nuestro objetivo es el de trabajar junto a los ciudadanos y ciudadanas por la defensa del derecho de asilo.**

\*

**CEAR está inspirada por un profundo respeto por valores como la justicia, la solidaridad, la libertad, la igualdad, la independencia, el compromiso ético, la pluralidad, la transparencia, la participación y la coherencia.**

**La defensa de estos principios constituye nuestro principal patrimonio y es la motivación esencial de nuestro trabajo.**

\*

## **PRESENTACIÓN DEL TRABAJO**

**Durante el año 2012 un equipo de trabajo integrado por personas refugiadas y voluntarias vinculadas a CEAR realizaron este material donde quedan plasmadas en primera persona sus realidades (testimonios de refugiadas/os) y emociones (ilustraciones de voluntarios/as).**

**El deseo de todas ellas al realizarlo, fue promover la participación social en la defensa de los derechos humanos y más específicamente del derecho de asilo.**

***A todas ellas, muchas gracias.***

**La identidad de las personas refugiadas que han brindado su testimonio está protegida con un seudónimo.**

*“El viacrucis del refugiado es quién te cree.”*

*Juanjo (Colombia)*

“Cada personaje que encontramos es al mismo tiempo la historia de dos lugares y el elemento de la memoria que ata dos mundos”, dice William Ospina, uno de mis escritores favoritos, colombiano y mestizo como yo. Leía “El país de la canela” y me encontré, me vi reflejado ahí, en esas líneas, pues soy uno de esos personajes que está en medio de dos mundos. Un pasado atado a todo un contexto y una vida política en Colombia, y el otro, inmerso en el ambiente de un estudiante universitario refugiado en Madrid.

Llegué a España en el 2009 por las condiciones de seguridad, o mejor dicho, de su inexistencia que había en Colombia. Salí obedeciendo a amenazas, a persecuciones, en fin, había recibido un atentado directamente contra mi vida en el 2001. Pero no salí como Pablo el refugiado. Argumenté que iba a hacer estudios de Postgrado, no se me ocurrió una máscara mejor

para salir sin generar muchas sospechas. No quería ponerme en evidencia, tenía que salir como cualquier otro.

Ya había intentado solicitar refugio antes desde Colombia. Primero, inmediatamente después del atentado, solicité asilo en Canadá en el 2002. Pero surgió un problema, había pertenecido a la estructura política de un grupo insurgente en Colombia. Canadá consideraba que había formado parte de un grupo terrorista y me denegó el asilo. Luego, a través de la Cruz Roja solicité asilo para irme a Suiza, ya no sé en qué quedó ese trámite. Las condiciones eran difíciles, pero me dije a mi mismo que tenía que perder el miedo, aislarme de todas las condiciones políticas que me hicieran más vulnerable, restablecer las circunstancias, pasar por un bajo perfil y esperar. Al final conseguí una beca y ya con los pies en España solicité el asilo.

Ante tantas dificultades reflexionas inevitablemente sobre lo que se conoce o no, acerca del refugio. El asunto de clase le cae

encima. ¡Hay refugiados de hasta de quinta categoría! Irónicamente entiendes que una y otra vez te dicen: estás vivo porque el atentado no fue tan efectivo. Mientas tanto te ves abocado a todo lo que implica un atentado. Es costosa la asistencia médica, los años de rehabilitación, los medicamentos. Sin recursos económicos, más la fragmentación familiar, porque la propia familia empieza en ese temor de no verse afectada, incluso te da la espalda.

Intentas amilantar todo con el hecho de refugiarte, pero cuando vas a solicitar refugio te encuentras que, incluso para eso, necesitas otro poco de dinero. Hay unas condiciones específicas para tener el estatus del refugiado.

El viacrucis del refugiado es quién te cree. No es indispensable solamente tu relato, también lo es cómo vas a sostener tu relato. Las pruebas.

En el 2001, tenía 20 años y era militante de la Juventud Comunista en Colombia. Un año antes, varios compañeros de la universidad decidimos montar un lugar de encuentro, una asociación

cultural en el centro de Bogotá. La idea de la asociación era hacer difusión de todas las desapariciones y vulneraciones de derechos que estaban sucediendo con estudiantes. Nuestro objetivo era generar divulgación a través de la cultura, aglutinar una serie de artistas que tuvieran una conciencia definida. Duramos un año, éramos como una piedra en el zapato. El 12 de enero de 2001 nos pusieron una bomba. Literalmente ese proyecto salió en pedazos a volar por los aires.

En el 2002 por esas cosas macondianas que ocurren en Colombia, detienen a las afueras de Bogotá a un grupo de paramilitares, del sector del sur oriente colombiano (departamento de Arauca, fronterizo con Venezuela). Después de detenerlos y judicializarlos les aplican la rebaja de pena por colaborar confesando una serie de actividades delictivas que habían cometido, entre ellas, el atentado contra mí por ser gestor del local cultural. Declaran que la Decimotercera Brigada del Ejército Colombia, sección de Contrainteligencia de las Fuerzas Armadas en

Colombia, trabajan en asociación con ellos, es decir, estos últimos fueron los autores intelectuales del atentado contra mi vida. Los paramilitares habían recibido unos 25.000 euros para llevar a cabo el atentado. Lo curioso es que ellos tenían los nombres de los generales del Ejército que les comandaban, tenían los pseudónimos y los cheques que habían recibido.

Con estos elementos recogimos todas las pruebas e interpusimos una demanda contra el Estado, ya que directamente había una acción de terrorismo de Estado contra activistas políticos. Esto me puso en el punto de mira del Ejército Nacional y del Ministerio de Justicia, pues significaba poner en evidencia las cosas que ellos venían haciendo. Los agentes iban a mi casa con frecuencia, me seguían e incluso me solicitaron directamente que desistiera la demanda. Me coaccionaron psicológicamente muy fuerte, siendo tal la presión que es cuando decido venir a España e intentar desde aquí que me concedan el asilo.



*“La idea de la asociación era hacer difusión de todas las desapariciones y vulneraciones de derechos que estaban sucediendo con estudiantes.”*



*“Duramos un año, éramos como una piedra en el zapato. El 12 de enero de 2001 nos pusieron una bomba. Literalmente ese proyecto salió en pedazos a volar por los aires.”*

Hay una bomba física que te muele, pero también hay una que te estalla en la cabeza y la muele. Después de un golpe tan fuerte como el atentado, sufrí un proceso de reoxigenación. Me quede ciego y asumí que no iba a volver a ver. El terror que generó hizo que amigos y personas cercanas a mi vida se hicieran a un lado, se alejaron. Incluso fue sumamente difícil encontrar un abogado que estuviera dispuesto a llevar el proceso, de hecho, uno de ellos fue amenazado por el Ejército.

Fue entonces cuando encontré mi primer refugio, la literatura y una estrecha vinculación con las comunidades indígenas. Me repensé a mí mismo y me dieron una nueva perspectiva para ver las realidades sociales locales. Aprendí que las cosas se podían ver de otra manera, pues como dice una canción de Fito Páez “yo ya no pertenezco a ningún ismo”. Con mi nueva condición de discapacidad, descubrí también que el mundo no está hecho para los ciegos. Tenía que rehacer mi vida, la discapacidad no podía ser un freno para seguir avanzando.

Así pues, lo que me llevó a ser refugiado no fue solo la posibilidad de estar en un lugar sin que me vayan a matar, también se trataba de un ejercicio de ecología mental. La posibilidad de estar en un espacio donde, si bien, estás muy ligado a la realidad de tu país, al menos hay una distancia que hace que no tengas que angustiarte, que no tengas que deprimirte y decaer en una sensación de desazón fuerte. Encontrar un territorio afectivo. Aquí es donde he conocido a mi compañera. Ella me ha hecho repensarme más cosas, ha sido y es, un ejercicio de aprendizaje muy bonito. El ámbito político a veces te niega la posibilidad de enamorarte. El refugio te abre muchas posibilidades. Pero hay un espacio mental que creo que no se resuelve.

Como refugiado he entrado en un espacio de desarraigo total, ya no eres ni del lugar de donde estás refugiado ni del lugar de donde provienes. Uno nunca se siente de aquí aunque se incorpore. Tú siempre eres inmigrante, eres

refugiado, tú no eres un ser humano, no eres sujeto de derechos.

También desde el punto de vista mental creo que entras en un viaje constante pensando en regresar, y eso hace que el desarraigo en términos mentales sea fuerte. Como ya dijeron otros antes, mi patria es el lenguaje, y al refugiado en mi opinión le ocurre algo así. El asunto de la patria es otra cosa, no eres ni de donde estás, ni de dónde vienes. Al final eres de donde terminas mentalmente refugiándote. En tus recuerdos, en tu memoria. Una vez escuchaba a una refugiada en Suecia decir: “es que yo no me siento de aquí, después de tanto tiempo, es como si nunca me hubiera venido”. En ese espacio mental entra el refugiado, y eso no es minoritario ni superficial. Porque al final es el estado mental el que te permite rehacer y generar las condiciones sociales en el lugar en donde estás, y si a eso le añadimos que las condiciones sociales no son lo suficientemente fuertes, eso también aboca al desarraigo.



*“Con mi nueva condición de discapacidad, descubrí también que el mundo no está hecho para los ciegos. Tenía que rehacer mi vida, la discapacidad no podía ser un freno para seguir avanzando.”*



*“Con estos elementos recogimos todas las pruebas e interpusimos una demanda contra el Estado, ya que directamente había una acción de terrorismo de Estado contra activistas políticos.”*



*“Me coaccionaron psicológicamente muy fuerte, siendo tal la presión que es cuando decido venir a España e intentar desde aquí que me concedan el asilo.”*



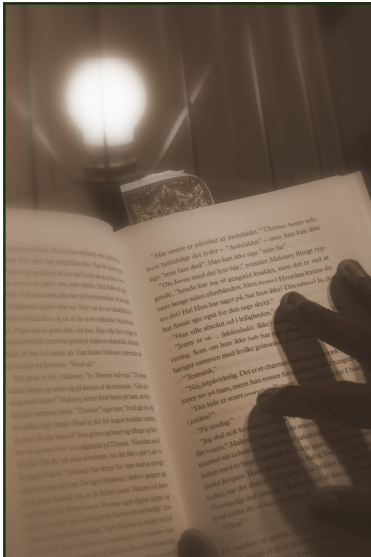
*“Los agentes iban a mi casa con frecuencia, me seguían e incluso me solicitaron directamente que desistiera la demanda.”*

Hay un imaginario preconcebido, es decir, existe una preconcepción del refugio, cuando realmente no sabes lo que te vas a encontrar. Los países receptores lo utilizan como una instrumentalización de la caridad y todas las políticas están enfatizadas en eso. Los países ricos son los que tienen que financiar y suelen aplicar la lógica errónea de que si uno viene de un país pobre, es pobre. Mientras que el que va como refugiado en potencia opina ¡qué maravilla! No esperan de ti que vayas a trabajar fuera del sector de los servicios. En definitiva, son dos imaginarios en los que hay que avanzar porque es un derecho humano. Lo que hace que cada situación de refugio sea particular, es el relato, lo que está ligado a ella. La memoria. Hacen falta muchas cosas. Pero se irá mejorando.

En España sobrevivo. El ámbito académico es mi refugio. Hay otras redes cerca de ti, que te hacen llevarlo de forma distinta. Porque si no estaría en un proceso de victimización constante. Me siento bien, sin miedo. Como el otro día le



*“Salí obedeciendo a amenazas, a persecuciones, en fin, había recibido un atentado directamente contra mi vida en el 2001.”*



*“ Fue entonces cuando encontré mi primer refugio, la literatura y una estrecha vinculación con las comunidades indígenas. Me repensé a mí mismo y me dieron una nueva perspectiva para ver las realidades sociales locales.”*

decía a una amiga, la ventaja que tengo aquí es que me puedo parar a hablar contigo sin que aparezca la paranoia de que va a pasar un paramilitar o alguien del ejército y que me va a matar.

“La esperanza es lo último que se pierde”. Aspiro y anhelo a que las condiciones en Colombia cambien. Por lo menos, que si llego a nonagenario pueda viajar a Colombia a tomarme un café. El refugio te lleva a ser un elemento de diáspora. Al final lo que te ancla profundamente al territorio es la familia, los amigos. Siempre está ese anhelo constante de que la vida te dará la posibilidad de retornar.



*“Ahora tengo libertad y dos tierras,  
ambas con olivos.”*

**Azadi (Siria)**

En 1976 nací en Aleppo, una ciudad al norte de Siria que en los dos últimos años ha cobrado un especial protagonismo. A veces los conflictos bélicos ponen las ciudades en el mapa. Sin embargo, apenas cuentan de sus gentes y de las dificultades de un pueblo hasta el estallido del conflicto. Nací en Aleppo, cerca del monte Kurdag, centro espiritual del pueblo kurdo. Soy de una familia kurda. En mi barrio había árabes, cristianos y kurdos. En casa hablaba en nuestra lengua materna, el kurdo. En la escuela hablaba en árabe, no suponía un problema porque mi padre me había enseñado. Siempre me ha gustado cantar y comencé a hacerlo en mi infancia, pero cuando lo hacía en la escuela era en árabe o en hindi, nunca en kurdo. El kurdo estaba prohibido, era un tabú.

A los 12 años empecé a prestar mayor atención cuando los activistas kurdos venían a casa. Mi familia era nacionalista y mi casa siempre estaba

muy concurrida. Quería saber más sobre la lengua de la que provenía mi nombre, Azadî, libertad en kurdo. Mi interés por mis cultura me llevo a aprender a escribir en kurdo, me gustaban las letras, su forma es como la latina. Luego empecé a cantar y a leer relatos y literatura kurda. Cuando entré a estudiar Económicas en la Universidad de Alepo me metí a cantar con un grupo universitario. Cantábamos en las fiestas, casi siempre íbamos fuera de Alepo, al campo. Muchas veces nos descubrían y nos quitaban el equipo de sonido.

A veces repartía panfletos y folletos para informar de la realidad kurda tanto en Siria como en otros países. No había información y era importante difundir la realidad de la cultura kurda. Siempre tenía miedo de que me pillaran. Sabía que mucha gente había ido a la cárcel y ya no había vuelto. Pero ese miedo no suponía un freno. Sentía una ansiedad muy fuerte por descubrir mis raíces, por entender mi cultura, ¡tan rica! Esa prohibición provocaba en mí una reacción: Tú

quieres estrangularme, pero yo quiero respirar.

El 21 de marzo se celebra la fiesta nacional kurda, el Newroz, significa el nuevo día. Nuestra fiesta se viene celebrando desde el año 612 a. c. En la mitología kurda el herrero Kawa acabó con la vida del opresor Dehaq. Cuando Kawa estaba en el palacio encendió una hoguera como señal para que fueran los guerrilleros de la montaña. Desde entonces la hoguera se convirtió en el símbolo del fin de la tiranía. Se inició la era de la libertad.

En la víspera de la celebración del Newroz de 1999, cuando yo tenía una tienda donde vendía música árabe y kurda. La policía vino a por varios compañeros y a por mí. Sabía que si entraban a la tienda y encontraban un casete de música kurda que hablara de libertad me podían detener. Por eso la música kurda que tenía a la vista era siempre música de bodas, pues no tocaba ciertos temas. La otra, la que hablaba de temas prohibidos, estaba escondida en casetes de música nacional. Pero no vinieron a detenerme por eso. Unos chavales del

barrio habían incendiado unos neumáticos cuando la tienda de música estaba cerrada porque no era horario laboral. Cuando volvimos a la tienda la policía nos dijo que fuéramos con ellos. Pensé que era un error. Al llegar al calabozo nos hicieron un interrogatorio sin abogado y siempre estando presente dos hombres enormes e imponentes. Estuvimos tres días ahí y como Siria estaba en estado de sitio, con toques de queda permanentes desde hace cincuenta años, cuando te detenían no avisaban a tus familiares. No había forma de que lo supieran salvo que algún vecino te hubiera visto cuando la policía te detenía y corriera la voz.

Según ellos, era sospechoso de haber cometido el delito de prender fuego. Nos hicieron firmar unos papeles y entramos en una celda. Al tercer día de estar allí nos trasladaron a la Cárcel Central de Aleppo. No me lo podía creer. ¡Hasta pagamos la gasolina del coche que nos traslado del calabozo a la cárcel! Allí estuvimos setenta y cinco días, setenta y cinco días de incertidumbre. No sabíamos cuando iban a celebrar un juicio.

Mientras que a los chavales que habían prendido el fuego y habían venido con nosotros a la cárcel, ya les habían soltado.

Era una orden sin condena. Estábamos ahí, pero no sabíamos hasta cuándo. Era un estado de incertidumbre permanente. Tenía el miedo de que me pasara como a algunas personas, que llevaban años porque los papeles habían desaparecido. Sentía angustia y una preocupación difícil de describir. El primer mes nadie podía visitarme. Para que mi hermano me viera no bastaba con la tarjeta de visita, además, tanto él como yo teníamos que pagar. Desde la ventana veía la carretera que te llevaba a Alepo. Esa era mi espera, tomar la carretera en esa dirección.

Tras más de dos meses sin ninguna noticia, nos dijeron que ya habían decidido la fecha del juicio. Cuando por fin llegamos allí el juez militar se sorprendió al ver nuestro caso y recuerdo bien lo que dijo “¿por eso os han encarcelado setenta y cinco días?” Nos llevaron a un juicio militar, pero la reacción del juez solo se explica si se conoce que la mayoría de la gente no sabe nada porque no hay

información.

A raíz de esa detención tenían mi nombre y todos mis datos. Sus llamadas se convirtieron en parte de mi rutina, lo hacían por cualquier cosa. Pensé que esto no podría ser así siempre, no lo podía consentir, tenía que terminar la carrera y salir de aquí. Mientras seguí cantando, pero para disimular solo lo hacía en bodas y fiestas.

En el 2002 mi hermano trabajaba como ingeniero civil en un sector relacionado con una sección militar. Hacían investigaciones sobre cada trabajador, así que como era su hermano me llamaron. Fui al Servicio de Seguridad Militar y un general me dijo: “te debían de haber encarcelado setenta y cinco años en lugar de setenta y cinco días”. Me insulto y me acuso de ser un líder de un partido político. Le dije que no tenía nada que ver. Después de unas horas tuve que firmar unos papeles y comprometerme a que no iba a participar en nada, ni si quiera en actividades culturales. Para ellos todo es igual de peligroso. Este hecho supuso un problema bien grave, la

presión sobre mi estaba involucrando a mi familia.

Mi hermano llegó a decirme que yo iba a destruir su vida, su hogar. En el 2003 me volvieron a buscar y me indicaron que el jefe quería verme para tomar un café, no puedes rechazar. Lógicamente no íbamos a tomar café, pero esta vez fue en un tono más amable. Era para el Servicio de Seguridad Política. Quería que le informara sobre la actividad de otros kurdos. Habían preparado el terreno de chantaje previamente. Antes de esta propuesta otro cargo había hablado conmigo ofreciéndome trabajo, la realización del servicio militar como funcionario y la superación las asignaturas de la carrera sin problema. Sabía que me iban a pedir algo. Le dije al general que ya estaba harto de esta vida, quería ir al campo con mi padre a trabajar. Le expliqué que allí teníamos ganado y era una tierra de olivos que me gustaba mucho.

Los servicios de inteligencia tanto político como militar no cesaban de llamarme para saber de mis actividades. Llegó el momento de que hiciera el servicio militar y no quería coger las armas. En el 2005 decidí viajar a España. Me gustaba la literatura

iberoamericana y tenía un familiar en España. Sin embargo, ante sus ojos salí de Siria para estudiar un doctorado en Económicas.

Al llegar todo el mundo me decía que me fuera a donde están la mayoría de los kurdos en Europa. En los países nórdicos y en Alemania hay comunidades de kurdos muy grandes. Pero a mí me ha gustado España desde antes de conocerla. Su gente es más cálida que en el resto de Europa. Tengo muchos amigos de aquí y hacerlos me ha resultado muy fácil.

La Mancha me recuerda a mi tierra, Los Montes de Toledo a las montañas kurdas. No siento nostalgia porque es como estar en mi propia geografía. La primera vez que pensé en pedir asilo desde España, no lo hice porque me informaron mal y creí que no podía. Pero en el 2008 un compañero del grupo local de Amnistía Internacional en el que soy activista, me dijo que si podía. Lo solicité en el 2009 y como mi actividad como activista, difusor y defensor de los derechos humanos, y en especial del pueblo kurdo, no se había ceñido solo a mi vida en Siria

sino que la había continuado en España, me lo concedieron en seguida. Antes de solicitarlo tenía miedo de que me deportaran, porque yo estoy en paz mientras estoy aquí.

Cuando llegué a España me di cuenta de que tenía que dar a conocer la cultura kurda y todas las represiones que sufría mi pueblo. Comencé a dar charlas con el grupo local de Amnistía Internacional, empecé a conceder entrevistas a diferentes medios, como Radio Nacional de España, y a escribir en un periódico kurdo que se difunde en Alemania. También creé un blog sobre el pueblo kurdo, donde escribí parte de mi historia.

Todo esto me sirvió como prueba para llegar a ser un refugiado, pero además contaba con una copia de la tarjeta de la cárcel en la que figuraba “el delito: prender fuego”. Se puede considerar que cualquiera que vive en Siria sufre o ha sufrido, pero cuando tiene una historia como la del pueblo kurdo, el sufrimiento es más hondo, pues comienza desde antes, desde que las fronteras le separaron, desde que se prohibió hablar su lengua por las calles y

difundir su cultura a través de la música fue considerado delito.

Sentí mucha alegría cuando me concedieron el asilo político. Ya podía viajar a Alemania, donde estaba mi pareja. Aún me cuesta, de vez en cuando tengo pesadillas, me imagino que me van a detener, que vienen un montón de policías a casa. Yo no fui torturado y a pesar de ello tengo secuelas psicológicas, imaginar las que tendrán los que lo han sido.

Desde la detención, cuando estaba en Siria, siempre tenía la sensación de que las tripas se me habían encogido. El miedo se convierte en una semilla que aún estando lejos te persigue. Eso ha cambiado. Ahora quieren que cante en mi lengua. Hay un refrán kurdo que dice “el león es león sea hembra o macho”, es decir, no hay diferencia entre la fuerza o la valentía. Ahora tengo libertad y dos tierras, ambas con olivos.

Queridos Kawa y Sofía:

Aún sois muy pequeños para entender la crueldad que muy a mi pesar existe en el mundo y en algunas personas que se empeñan en interponer barreras entre culturas. Como madre, daría todo aquello que tengo para solucionar todos los problemas que existen, así nunca tendríais que presenciar todas las injusticias que se respiran día a día... Pero cómo eso es algo imposible solo me queda desear que vuestra inocencia dure todo el tiempo que sea posible.

Ese es mi motivo para escribir esto, para que cuando esa inocencia sea reemplazada por una realidad en muchas ocasiones injusta tengáis una historia que leer y sobretodo creer, puesto que se trata de un caso muy real: lo que os voy a contar es la historia de vuestro padre, Azadi.

Vivía en una ciudad llamada Alepo, al norte de Siria. Desde pequeño tuvo que vivir en un mundo de prohibiciones, pero no de esas que se nos imponen por nuestro bien, sino de aquellas que son resultados del miedo a que descubramos que realmente somos libres porque entonces ya nadie tendría poder sobre nosotros. Pero vuestro padre fue más valiente y decidió que quería saber quién era y entender de dónde venía así que no tenía tiempo para dudar, para sentir miedo. Así era él, cuanto más se esforzaban en cortarle las alas más hacía él por alzar el vuelo.

Llegó a España huyendo de un mal sueño. En Alepo, cuando era joven, se le condenó sin pruebas por un delito que no cometió. Es curioso, porque las personas que se propusieron aminorarlo durante los 75 días que duró su arresto ya ni recordarán su cara, será solamente uno más de cientos y sin embargo, él arrastrará esos recuerdos durante toda su vida sin olvidar detalle.

Fueron los continuos chantajes y el acoso al que se veía sometido fruto de los prejuicios incluso de aquellos a los que quería lo que le llevaron a tomar la decisión más importante de

su vida: marcharse para empezar una nueva vida en busca de un futuro que le ayudara a paliar el dolor del pasado.

Una vez allí, comenzó a colaborar con una organización llamada “Amnistía Internacional”, concienciando sobre la cultura que tanto tiempo le estuvo prohibida, la kurda. Aunque tardó cuatro años llenos de miedo y angustia finalmente pudo conseguir asilo político en España.

Yo por aquel entonces estaba de Erasmus en España haciendo las prácticas de la carrera en su misma organización. Trabajamos juntos un año donde su voz resonó en muchos medios y sus escritos traspasaban el océano buscando plantar las semillas de igualdad y libertad. Me enseñó que luchar por una causa en la que crees no es solo necesario, sino vital. Cuando tuve que volver a mi país natal, Alemania, nos separamos un tiempo hasta que el destino decidió volver a unirnos, esta vez para siempre.

La intención de esta historia no es que sintáis pena ni compasión por él pues cuando cada noche se despierta empapado en sudor y miedo, sé que es en esos momentos de donde saca la energía necesaria para continuar luchando por un mundo diferente.

Hasta que seáis mayores para entenderlo. Os quiere,

Ángela.

---

Expresión narrativa a raíz de la lectura del testimonio de Azadi.

Otra forma de contar...

### “Alepo”

Era víspera del Newroz cuando la policía Siria vino a por mí. La fiesta kurda se celebraba desde el año 612, cuando el herrero Kawa acabó con la vida del opresor Dehaq y encendió una hoguera como símbolo del fin de la tiranía. A veces repartía panfletos y folletos para informar de la realidad del pueblo kurdo en Siria, desde que se prohibió hablar la lengua en las calles y difundir su cultura. Sin embargo, vinieron a detenerme porque unos chavales del barrio habían incendiado unos neumáticos en las inmediaciones de mi tienda, fuera de mi horario laboral y era sospechoso del delito.

En el calabozo me interrogaron en presencia de dos hombres enormes e impotentes, sin abogado. Allí pasé tres días. Mi familia no fue avisada. Al tercer día me trasladaron a la cárcel central de Alepo, mi ciudad natal y en la que vivía junto a mi familia kurda. No sabía hasta cuando ni cuando se celebraría mi juicio. Tenía miedo, angustia y preocupación. Desde mi ventana veía la carretera que llevaba a Alepo. El primer mes mi familia no pudo visitarme.

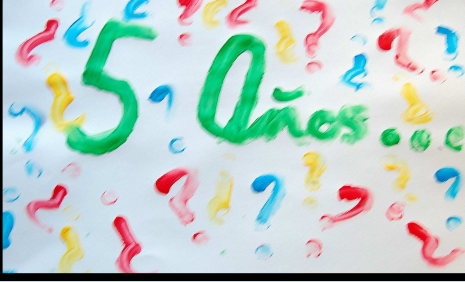
Más de dos meses después me comunicaron la fecha del juicio. Fue un juicio militar. Firmé unos papeles en los que me comprometía a no participar ni siquiera en actividades culturales pero no cesó la presión, involucrando a mi familia. Mi hermano llegó a decirme que estaba destruyendo su vida,

Un día volvió la policía a buscarme, dijeron que su jefe quería verme. El jefe quería que le informara sobre las actividades de otros kurdos y me ofrecía un trabajo, la realización del servicio militar como funcionario y la superación de las asignaturas de mi carrera. “No puedes rechazar”, me dijeron los policías. Entonces decidí viajar a España y pedir asilo.

Ángela

(4) Lucio volvió la policía a buscarme, dijeron que su jefe quería verme. El jefe quería que le informara sobre las actividades de otros kurdos. Y me ofreció un trabajo, la realización de servicios militares como funcionario y la supervisión de las asignaturas de mi carrera. "No puedes rechazar", me dijeron los policías. Entonces decidí viajar a España y pedir asilo.

Angele Nzambi  
Madrid, 23/02/13



*“Cuando me iba a dormir por la noche, me ponía a pensar que al día siguiente podía estar muerta.”*

*Alba (Somalia)*

Me llamo Alba. Huí de Somalia porque mi padre quería que tuviera una vida digna.

Un día un hombre del clan Hawiyee, de unos 60 años, llegó a mi casa. Aquel hombre pretendía casarse conmigo. Pero mi padre no quería que yo viviera por lo que antes habían pasado mis hermanas. Mi padre me salvó. Si él no hubiera reunido el poco dinero que tenía para que yo saliera de Somalia, ese hombre me habría matado al negarme a ir con él. Mi padre organizó rápidamente mi salida, y me vi obligada a dejar Somalia y a alejarme de mi familia.

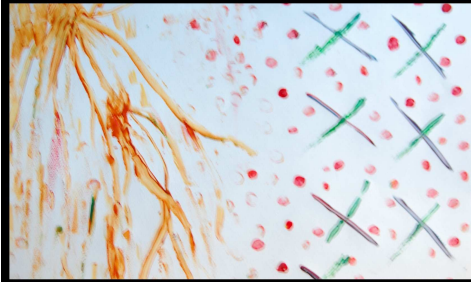
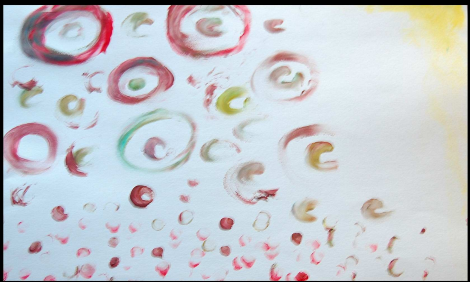
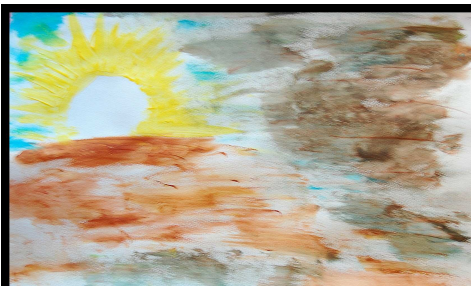
Tomé un autobús a la capital de Etiopía, Addis Abeba. Allí estuve 16 días. Después de una larga espera, un hombre me recogió y juntos volamos a El Cairo. Desde ahí tomé un avión a Cuba con escala en Madrid. Fue en Madrid donde me presenté a la policía, y con la ayuda de un intérprete, les dije que me quería quedar a vivir en España. Antes yo no sabía ni donde estaba

España.

Desde el invierno de 1991 solo había conocido el escenario de un país en guerra civil. Nací en Mogadiscio, la capital de Somalia, el 26 de junio de 1988, tan solo tres años antes de que mi país se viera sumido en un caos.

Todo se acabó cuando empezó la guerra. El 26 de enero de 1991 diferentes clanes, con intereses territoriales contrapuestos, pero con un enemigo común, pusieron fin al régimen de Mohamed Siad Barre. A partir de ese momento, el reparto del poder y del territorio se convierte en el motín por el que todos luchan. Comienza la guerra civil y los antiguos aliados dejan de serlo, ahora luchan entre ellos. Los clanes pequeños, como al que yo pertenezco, se llevaron la peor parte. Nosotros somos de los Asharaf, un subclan del clan minoritario Hassan Salman.

Antes de que yo supiera que Somalia era un país en llamas, por las luchas del poder entre los clanes, mi padre trabajaba en una tienda mientras mi madre cuidaba de mí y de mis once hermanos, éramos seis hombres y seis mujeres. Un día, cuando estábamos todos en casa, los chicos del clan grande Darood entraron porque querían violar a mis



hermanas. Entonces dos de mis hermanos mayores trataron de defenderlas. Mataron a todos y a mis hermanas las violaron. A mi madre, testigo de tanto sufrimiento, la tiraron al suelo.

Mis padres me explicaron que las violaciones, como las de mis hermanas, son una forma de demostrar poder frente al clan minoritario. La justicia, en muchas ocasiones, condena a la víctima a evitar la deshonra obligándola a casarse con su violador. Por eso mi padre reaccionó tan rápido cuando ese hombre mayor vino a buscarme para casarse conmigo. Para evitar esto, abandone de Somalia.

Los crímenes cometidos con mi familia no se pudieron denunciar porque no había ninguna autoridad ante quien hacerlo, no existía el Gobierno y el poder lo ejercían los mismos que los mataron.

A la matanza sobrevivimos mis padres, mis cuatro hermanos pequeños y yo. Huimos de la guerra, especialmente virulenta en Mogadiscio, y nos convertimos en unos más de los centenares de miles de desplazados internos. Nos instalamos en la ciudad sureña de Afgoye.

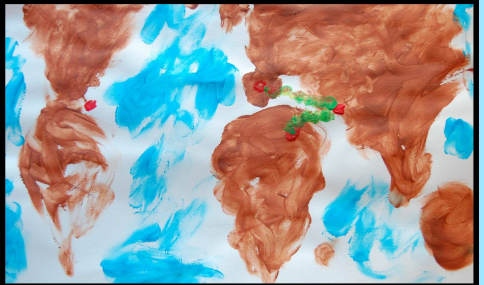
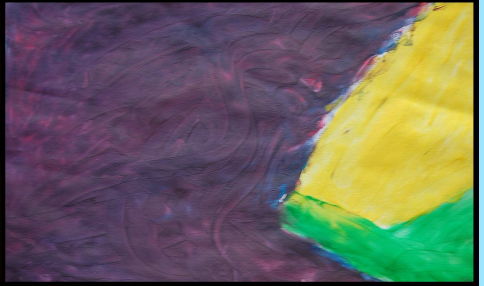
La nueva vida en una ciudad extraña resulto ser más difícil de lo que pensábamos. Mi padre se esforzó mucho por tratar de sacar adelante a la familia, pero ganaba lo justo para

comer. Finalmente, en 1993 volvimos a Mogadiscio porque allí había más oportunidades de trabajo.

Vivíamos en medio de la guerra. Día a día, veía los enfrentamientos cerca de casa. Vi muchos muertos, vi a la gente morir en la calle. Y solo sabía que había clanes grandes y que tenían problemas entre ellos, pero poco más. No sabía que la guerra había acentuado la división en clanes.

Cuando me preguntan cómo era un día normal en mi vida en Mogadiscio, lo primero que veo son las cuatro paredes en las que vivía. Me levantaba, desayunaba, rezaba y todos los hermanos juntos estudiábamos con mi madre, mientras mi padre trabajaba fuera. Después preparábamos la comida, limpiábamos la casa y ya está. A veces pasábamos hambre porque mi padre no podía salir a trabajar y sólo nos alcanzaba para la comida, pero no para la cena. En raras ocasiones salíamos a la calle, y si lo hacíamos siempre era en compañía de mi padre. A la escuela solo íbamos cuando había algún periodo de calma en los enfrentamientos, pero si había guerra me quedaba en casa porque podías estar en clase y ¡Boom! Todos muertos.

Los otros días, los que no entran en la rutina, eran



peores. Si mi padre detectaba que las cosas se estaban poniendo mal en nuestro barrio, venía a casa, recogíamos lo que podíamos y nos íbamos a otra zona. Nos tuvimos que cambiar de lugar muchísimas veces porque los problemas entre los clanes suponían que unos bombardeaban los barrios de los otros y mataban a niños, a mujeres, a ancianos.

Cuando me iba a dormir por la noche, me ponía a pensar que al día siguiente podía estar muerta. Estaba nerviosa y tenía pesadillas. Ahora no echo nada de menos de mi país, excepto a mi familia; aquí estoy sola. No sé nada de ellos desde que vine en 2008 porque continúan cambiándose de lugar frecuentemente.

El pasado 28 de julio de 2012 me comunicaron en la Delegación del Gobierno que me habían concedido la “protección subsidiaria”. Me explicaron que significaba que por ahora España no me devolverá a Somalia, pero a los cinco años de mi estancia, se revisará, otra vez, mi situación de riesgo.



Las obras que aparecen ilustrando el presente libro pertenecen a:

**Fotografías:**

*Abdoulaye Sam (Timbo)*

*Ditte María Waaler Skydt*

*Toma Lipskyte*

*Fatima Mbow*

*Alfonso Benito*

\*

**Narraciones:**

*Laura Pellicer Rodríguez*

*Ángela Nzambi*

\*

**Cuadros:**

*Rosalía Díaz León*

*Vanessa Cajas Rodríguez*

*Peter Alexander Edgerton*

*Isabel Alfaro Denus*

# Comisión Española de Ayuda al Refugiado

# CEA(R)

Comisión Española  
de **Ayuda al Refugiado**

## Colabora:



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE SANIDAD, POLÍTICA SOCIAL  
E IGUALDAD



POR SOLIDARIDAD  
**OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL**